

tró envuelto en la conspiración realista de Laville Hen-  
nois (véase su nota) descubierta por un artículo del  
coronel Mado que se la denunció á Carnot. De sus resul-  
tas se condenó el consejo de guerra á la pena de muerte,  
que luego se convirtió en la de diez años de prisión. Mas  
el director le envió deportado á Cayena y Brotier mu-  
rió en Saint-Denis el 17 de setiembre 1798. Había publi-  
cado en 1789 las Máximas de la Robespierre.

PAGINA 118.

El abate de Laville Hennois domiciliado en París  
miembro del consejo de estado, fue denunciado en  
enero de 1798 como jefe de una conspiración realista  
por el coronel Mado que le traía á su cuartel de la Escue-  
la militar juntamente con Brotier y Duverne de Pres-  
le, bajo pretexto de castigar sus proyectos. Según la  
declaración de sus altísimos, que tendió á sus compañeros  
por salvar la vida, se trataba de llevar en todo Francia  
compañías de Chouans para hacer sublevar todas á un  
tiempo diabolos una organización regular. Se encontraron  
entre los papeles de Laville todos los nombres de los  
que se pensaba ejecutar y hasta las listas de los nombra-  
mientos que debían hacerse; por lo cual se le juzgó  
guerra y ataque se defendió con la ma-  
yor valentía y se condenaron á un año de prisión. Consta-  
ta el decreto á mandarle prender de nuevo el director  
y se puso en lista para ser deportado á Cayena, jun-  
tamente con Robespierre y otros, murió allí en julio de 1798.

PAGINA 118.

12 El abate Recutier era sobrino del famoso comenta-  
dor de Tácito y permaneció en la obscuridad durante los  
primeros años de la revolución, pero de pronto se encon-

## CAPITULO TERCERO.

Invierno del año tercero.— Reformas administrativas en todas  
las provincias.— Nuevas costumbres. Partido thermidoriano;  
*la juventud dorada*. Tertulias de París.— Lucha de los dos  
partidos en las secciones; riñas y escenas tumultuosas.—  
Violencias del partido revolucionario en los jacobinos y en  
el club electoral.— Decretos sobre las sociedades popula-  
res.— Decretos relativos á hacienda.— Modificaciones en  
el *máximo* y en las requisiciones.— Proceso de Carrier.—  
Agitaciones en París y exasperación ascendente de los dos  
partidos.— Ataque á la sala de los jacobinos por la juven-  
tud dorada.— Ciérrase el salon de los jacobinos.— Reins-  
talacion de los 73 diputados que se habian puesto presos en  
31 de mayo.— Condenacion y suplicio de Carrier.— Pes-  
quisas principiadas contra Billaud Varennes, Collot de Her-  
bois y Barrére.

Mientras que ocurrían los sucesos de que hemos  
hablado en las fronteras continuaba la convencion  
sus reformas, y los representantes encargados de  
renovar las administraciones recorrían la Francia  
reduciendo en todas partes el número de las co-  
misiones revolucionarias, nombrando otros indi-  
viduos, mandando arrestar como cómplices del  
sistema de Robespierre á los que por haberse se-

ñalado demasiado por sus excesos no podian quedar impunes , mudando los empleados de ayuntamiento , reorganizando las sociedades populares y purgándolas de los hombres mas violentos y peligrosos. No dejaba de ofrecer dificultades esta operacion en algunas partes , como por ejemplo en Dijon , donde era mas compacta que en ninguna otra la organizacion revolucionaria , pues unos mismos individuos eran miembros de la comision , de la municipalidad y de la sociedad popular , los cuales hacian temblar á todo el mundo. Encerraban arbitrariamente á los viajeros y á los habitantes , ponian en la lista de los emigrados á cuantos se les antojaba , y les impedian obtener certificados de residencia intimidando á las secciones. Se habian regimentado á sí mismos con el titulo de ejército revolucionario y obligaban al pueblo á que les pagase sueldo. No ejercian profesion alguna sino asistir á las sesiones del club , ellos y sus mugeres disipando en comilonas , donde no era permitido beber mas que en cálices , así el producto de su salario como el de sus rapiñas. Estaban en correspondencia con los jacobinos de Lyon y Marsella , sirviéndoles de intermedio para comunicarse con los de Paris. Le costó mucho trabajo al diputado Cales <sup>1</sup> disolver aquella coaliccion , pero al fin destituyó á todas las autoridades revolucionarias , y escogió veinte ó treinta miem-

bros de los mas moderados del club para que hiciesen la depuracion de los demas.

Quando los echaban de las municipalidades en las provincias , hacian los revolucionarios lo mismo que en Paris , que era retirarse al club jacobino ; y quando este se hallaba purificado , volvian de nuevo á invadirle quando se marchaban los representantes y formaban otro donde pronunciaban discursos todavia mas violentos que los de antes , y se entregaban á todos los delirios de la cólera y del miedo , porque en todas partes veian una próxima venganza. Los jacobinos de Dijon enviaron á los de Paris una representacion incendiaria ; y los de Lyon presentaban un conjunto no menos peligroso , porque como todavia la ciudad estaba bajo el peso de los terribles decretos de la convencion , no podian los representantes reprimir su furor. Todavia fueron mas atrevidos en Marsella porque reuniendo la violencia de su partido con la de su carácter local , formaron una reunion considerable rodearon la sala donde estaban comiendo los dos representantes Auguy <sup>2</sup> y Serres y les diputaron unos comisionados que con pistola en mano pidieron la libertad de los patriotas que estaban presos. Mostraron los dos representantes la mayor firmeza , pero mal sostenidos por la gendarmeria , que constantemente habia apoyado las crueldades del último régimen,

acabando por creerse culpable en ellas, estuvieron para ser ahogados ó degollados. Sin embargo muchos batallones de Paris que se encontraban entonces en Marsella, vinieron á libertar los representantes y disiparon el tumulto. Tambien en Tolosa formaron los jacobinos sus asonadas porque habia allí cuatro individuos que eran el administrador de correos, un secretario de distrito y dos cómicos que se habian constituido gefes del partido revolucionario. Estos formaron una comision de vigilancia para todo el Mediodia y estendian su tirania mucho mas allá de Tolosa, oponiéndose á las reformas y á las prisiones mandadas por los representantes Artigoite y Chaudron-Rousseau<sup>3</sup>; sublevaron la sociedad popular y tuvieron atrevimiento para declarar que estos dos representantes habian perdido la confianza del pueblo. Sin embargo se les pudo vencer y fueron encerrados con sus principales cómplices.

En todas partes se reproducian iguales escenas con mas ó menos violencia, segun el carácter de los habitantes de las provincias; mas en medio de todo al fin se lograba reprimirlos en todas partes. Los que en mayor inquietud se hallaban eran los de Paris, como gefes que eran de la coalicion, porque veian que la opinion se habia sublevado contra sus doctrinas, y que no lo estaba menos la de todos los departamentos. Sabian que en to-

das partes se les llamaba canibales, partidarios, cómplices y continuadores de Robespierre, y por mas que se sintiesen apoyados por la multitud de empleados destituidos, por el club electoral, por una minoria acalorada y frecuentemente victoriosa en las secciones, y hasta por una parte de miembros de la convencion, que todavia eran individuos de su sociedad, no dejaban de asustarse con el cambio de la opinion y pretendian que habia un plan formado para disolver las sociedades populares, y detras de ellas la república.

Redactaron una circular á las sociedades afiliadas para responder á los ataques de que eran objeto diciendo: «Se procura destruir nuestra fraternal union, y romper este vínculo tan temible á los enemigos de la igualdad y de la libertad, acusándonos y persiguiéndonos con las mas atroces calumnias. La aristocracia y el moderantismo levantan sus atrevidas cabezas y se vá perpetuando la funesta reaccion ocasionada por la caída de los triunviros, exhalándose del seno de las tempestades formadas por todos los enemigos del pueblo una nueva faccion que intenta disolver todas las sociedades populares. Trabaja y procura sublevar la opinion pública y se atreve á pintarnos como una potencia rival de la representacion nacional, sin embargo de que siempre combatimos y nos unimos con ella

« en todos los peligros de la patria. Nos acusa de  
 « que somos continuadores de Robespierre, cuan-  
 « do no constan en nuestros libros de registros mas  
 « que los nombres de aquellos que en la noche del  
 « 9 al 10 de thermidor ocuparon el puesto que les  
 « designaba el peligro de la patria. Pero nosotros  
 « responderemos á esos viles calumniadores com-  
 « batiéndolos sin cesar; nosotros les contestare-  
 « mos con la pureza misma de nuestros principios  
 « y acciones y con un celo inalterable por la causa  
 « del pueblo, que ellos han vendido, á la repre-  
 « sentación nacional que intentan deshonar, y á  
 « la igualdad á quien detestan. » Bien se vé como  
 afectaban un gran respeto á la representacion  
 nacional y aun llegaron á denunciar á la comi-  
 sion de seguridad general uno de sus miembros,  
 por haber dicho que los principales conspirado-  
 res contra la libertad estaban en el seno mismo  
 de la convencion. Esparcieron su circular por to-  
 dos los departamentos, y particularmente por las  
 secciones de Paris.

El partido opuesto iba cada día haciéndose mas  
 atrevido, pues ya habia tomado colores y cos-  
 tumbres aparte y sitios y palabras diferentes de  
 reunion. Se componia particularmente en su ori-  
 gen, como ya hemos dicho, de jóvenes que per-  
 tenecian á familias perseguidas ó que se habian  
 escapado de la requisicion. Uniéronse con ellos

las mugeres, porque ya que habian pasado el in-  
 vierno anterior en un continuo susto, se propo-  
 nian pasar el siguiente en fiestas y diversiones.  
 Ibase acercando el mes de frimario (diciembre)  
 y les faltaba tiempo para pasar desde las aparien-  
 cias de la indigencia, de la sencillez y hasta el  
 desaseo que se habia estado afectando durante el  
 terror á los brillantes adornos, las costumbres  
 finas y los saraos. Por eso se ligaban y hacian cau-  
 sa comun con aquellos jóvenes enemigos de la fe-  
 roz democracia, escitaban su celo y hasta les obli-  
 gaban á guardar cierta urbanidad y trages muy  
 esmerados. Volvia el imperio de la moda segun la  
 cual era necesario llevar el pelo trenzado y reco-  
 gido detras de la cabeza con una peineta á imita-  
 cion de los militares que se peinaban de aquella  
 manera para defenderse de los sablazos, lo cual era  
 un signo de que se tomaba parte en las victorias  
 de nuestros ejércitos. Tambien era de rigor llevar  
 grandes corbatines, y el cuello de los fracs habia  
 de ser verde ó negro, como le llevaban los Chua-  
 nes y sobre todo una tira de crespon al brazo en  
 señal de ser pariente de alguna víctima del tribu-  
 nal revolucionario. Ya se echa de ver que esta  
 confusa mezclade ideas, recuerdos y opiniones era  
 quien dirigia las modas *de la juventud dorada*, que  
 este era el nombre que se les daba entonces. Por  
 la noche en las tertulias que principiaban á ser

bastante brillantes se prodigaban elogios á todos los que en las secciones, en el jardin del Palacio Real ó en las Tullerías habian mostrado valor, asi como á los escritores que en los muchos folletos y periódicos diarios perseguian con sus sarcasmos á la *canalla revolucionaria*. Freron habia llegado á ser el corifeo de los diaristas redactando el *orador del pueblo* que no tardó en hacerse célebre. Y era este diario al que estaba suscrita la juventud dorada, donde recibia la instruccion necesaria para el dia.

Todavía no se habian abierto los teatros sino que continuaban en la cárcel los cómicos del teatro frances, pero á falta de este punto de reunion se juntaban en algunos conciertos que se daban en el teatro de la calle de Feydeau donde principiaba á cantar con mucho aplauso el célebre Garat. <sup>4</sup> Allí se reunia todo lo que pudiéramos llamar la aristocracia de aquel tiempo, es decir algunos nobles que no habian salido de Francia, los ricos que principiaban á sacar la cabeza y los asentistas que ya habian perdido el miedo á la terrible severidad de la comision de salud pública. Usaban las mugeres un traje que se les figuraba ser el de los antiguos segun las ideas de aquella época, y habian copiado de David. Ya mucho tiempo antes habian abandonado los polvos y los tonillos, sino que llevaban unas cintas á manera de bandas al rededor del pelo y los vestidos se acer-

caban en lo posible á la túnica sencilla de las mugeres griegas; en lugar de zapatos de talon alto como ántes, llevaban un calzado semejante al que se vé en las estatuas antiguas, esto es una suela delgada atada á la pierna con cintas imitando el coturno. Los jóvenes del pelo remangado y de los cuellos negros ó verdes ocupaban el patio del teatro Faideau, y aplaudian algunas veces á las damas elegantes y adornadas con cierta singularidad que venian á hermohear aquellas reuniones.

Mme. Tallien era la mas hermosa y admirada de las señoras que daban la ley á la nueva moda, y su tertulia era la mas brillante y frecuentada. Hija del banquero de España Cabarrus <sup>5</sup> y esposa de un presidente de Burdeos se acababa de casar con Tallien, y así pertenecia igualmente á la clase del antiguo y del nuevo régimen. Se habia irritado mucho contra el terror, tanto por resentimiento como por bondad de carácter é interesado por todos los infortunios, asi en Burdeos como en Paris, sin dejar un momento de hacer el papel de pretendiente, que desempeñaba, segun dicen, con una gracia irresistible. Ella fué quien supo suavizar la severidad proconsular que su marido desplegaba en la Gironda y atraerle á sentimientos mas humanos, hasta que últimamente le hizo hacer el papel de pacificador y reparador de los males de la revolucion. Daba entrada

en su casa á todos los que habian contribuido con él al suceso de thermidor y procuraba ganarles lisonjeándolos ó haciéndolos esperar el reconocimiento público, el olvido de lo pasado, de que muchos tenian grave necesidad, y el ascenso al poder que hoy estaba prometido á los adversarios mas bien que á los partidarios del terror: estaba rodeada de mugeres amables, que contribuian á su plan por medio de una seducción bien disculpable. Entre ellas brillaba la viuda del desgraciado general Alejandro Beauharnais, jóven criolla llena de atractivos, no tanto por su belleza como por su mucha gracia. Concurrían á estas reuniones aquellos hombres sencillos y exaltados, que acababan de pasar una vida tan dura y tormentosa, y se les acariciaba y se chanceaba con ellos acerca de sus trages, costumbres y principios nimiamente severos. Se les hacia sentar á la mesa al lado de otros hombres, á quienes hubieran perseguido hace poco como aristocratas, como especuladores enriquecidos ó como dilapidadores del tesoro público, obligándolos á reconocer su inferioridad al lado de los antiguos modelos del buen tono y de la gracia de sociedad. Muchos de ellos por falta de recursos intelectuales perdian su dignidad juntamente con la aspereza y no sabian sostener la energia de su carácter; otros que á fuerza de talento sabian conservar su posicion adop-

tando aquellos modales tan frívolos de los salones que se adquieren con tanta facilidad, no por eso se libertaban de una delicada lisonja, y así no faltaban algunos miembros de comisiones que se dejaban arrancar durante una comida ciertos servicios y no poco influjo en sus votaciones.

De esta manera una muger nacida en la clase del comercio, y casada con un magistrado habia venido á ser despues de dar su mano á un ardiente revolucionario el medio mas eficaz para reconciliar á hombres sencillos, algunas veces groseros y siempre fanatizados, con la elegancia, el gusto, los placeres, la libertad de costumbres y la indiferencia de las opiniones. Era sin duda muy plausible ver, digamoslo así, arrancada la revolucion de aquel término extremo del fanatismo y la groseria hasta el olvido de las costumbres, principios y resentimientos republicanos. Culpábase de este cambio á los thermidorianos, acusándolos de que se entregaban ciegamente á él y que contribuian á producirle y acelerarle, en lo cual se les hacia rigurosa justicia.

Los revolucionarios no se presentaban ni en las tertulias, ni en los conciertos, y apenas se atrevian algunos de ellos á asomarse allí, cuando salian inmediatamente para irse á sus tribunas á decir mil pestes contra la *Cabarrus*, y contra los aristocratas, los intrigantes y asentistas que llevaba á

su séquito. Ellos no tenían otras reuniones mas que sus clubs y sus asambleas de seccion, donde no iban ciertamente en busca de placeres, sino para desahogar sus pasiones. Sus mugeres á quienes llamaban las *furias de la guillotina*, porque eran las que formaban círculo al rededor del cadalso, se presentaban en traje popular en las tribunas de los clubs para aplaudir las mociones mas descabelladas. Todavía concurrían á las sesiones de los jacobinos muchos miembros de la convencion, y algunos bastante célebres, pero permanecían silenciosos y sombríos, como por ejemplo Collot de Herbois, Billaud-Varenés y Carrier. Otros como Duhem, Crassous <sup>6</sup>, Lanot <sup>7</sup> etc., iban allí por simple afición á la causa, y no porque tuviesen motivo de defender su conducta revolucionaria.

Mas donde solían encontrarse los dos partidos era en el Palacio Real, en los alrededores de la convencion, en las tribunas y en las secciones, aunque mas particularmente en estas últimas solía haber riñas muy violentas porque tenían que deliberar y discutir. Llevaban allí de unas en otras la circular de los jacobinos á las sociedades afiliadas, empeñándose en que habia de leerse, al mismo tiempo que estaba mandado por un decreto que se leyera el informe de Roberto Lindet sobre el estado de Francia, en que se hacia un cuadro tan exacto y se espresaban de un modo tan oportuno

los sentimientos de que estaba animada la convencion y todos los hombres de bien. Cada *decadi* suscitaba esta lectura las mas vivas contestaciones y al instante pedían á gritos los revolucionarios que se leyese la circular de los jacobinos, mientras que los otros clamaban por el informe de Lindet. Dábanse gritos espantosos, y los miembros de las antiguas comisiones revolucionarias apuntaban el nombre de todos los que subían á la tribuna para combatirles, y decían al escribirlos: ya los estermínarémós. Aquellas costumbres del tiempo del terror les habian familiarizado tanto con las palabras matar y guillotinar, que siempre las tenían en la boca, dando ocasion con esto á que se dijera que estaban haciendo nuevas listas de proscripciones y querían volver á principiár el sistema de Robespierre. Muchas veces se batían en las secciones mismas, quedando no pocas incierta la victoria, y llegaban las 10 de la noche sin haber podido leer nada. Entonces los revolucionarios, que no tenían escrúpulo en escederse de la hora legal, esperaban á que sus adversarios, que afectaban obedecer la ley, se hubiesen marchado, para leer lo que les venia á cuento y tomaban cuantas resoluciones les parecían.

Cada dia se daba cuenta á la convencion de esta clase de escenas y se acusaba á los antiguos miembros de las comisiones revolucionarias de

ser autores de todos estos alborotos. Por fin el club electoral, que metia él solo mas ruido que todas las secciones juntas apuró la paciencia de la asamblea con una de las representaciones mas peligrosas. Ya hemos dicho que allí es donde se reunian siempre los hombres mas comprometidos y se tramaban los mas osados proyectos. Vino una diputacion de aquel club á solicitar que se restituyese al pueblo la eleccion de los magistrados municipales; que se constituyese de nuevo la municipalidad de Paris, que no se habia restablecido desde el 9 de thermidor, y por último que en vez de una sola sesion por década se permitiese de nuevo á las secciones que tuviesen dos. Al oír esta última petición se levantaron muchos diputados quejándose con vehemencia y pidiendo que se tomase alguna resolucion contra los miembros de las antiguas comisiones revolucionarias, á quienes se atribuian todos los desórdenes. A pesar de que Legendre habia desaprobado el primer ataque de Lecointre contra Billaud-Varennes, Collot de Herbois y Barrére, dijo que era necesario subir algo mas arriba, porque el origen del mal estaba en los miembros de las antiguas comisiones de gobierno que abusaban de la indulgencia que la asamblea habia tenido con ellos, y era ya tiempo de castigar su antigua tirania para impedir otra nueva. Aquella discusion ocasionó un tumulto

to todavia mayor que la precedente, y despues de largas y deplorables recriminaciones, volvió la asamblea á pronunciar segunda vez la orden del día, por no encontrar en todo ello mas que cuestiones indisolubles ó peligrosas. Fuéronse proponiendo otros medios para reprimir los estravios de las sociedades populares, y los abusos del derecho de petición, y se discurrió añadir al informe de Lindet una proclama al pueblo frances, en que se esplicasen de un modo todavia mas claro y enérgico los sentimientos de la asamblea y la marcha que se proponia seguir, cuya idea fué aprobada. El diputado Richard <sup>s</sup> que volvia del ejército, sostuvo que eso no era bastante, sino que era preciso gobernar vigorosamente; que las proclamas no significaban nada porque los peticionarios responderian con otras; que no convenia sufrir que se viniesen á proferir en la barra espresiones que dichas en la calle bastarian para poner preso al que las pronunciara. Añadió Bourdon del Oisa: «Ya es tiempo de decir verdades útiles. ¿Sabeis por qué son constantemente victoriosos vuestros ejércitos? Pues no es por otra cosa sino porque observan una exacta disciplina. Tened una buena policia en el estado y tendreis un buen gobierno. ¿Sabeis de donde proceden esos eternos ataques que se dirijen contra el vuestro? Pues solo es del abuso que hacen vuestros